

SOÑAR EN GRANDE

Mi vida, cómo llegué a ser la número
uno del mundo y mi vocación para servir

LORENA OCHOA

CONTENIDO

Introducción	13
Presentación	17
1 Revelación de un talento.....	21
Primeros pasos en un campo de golf	21
El apoyo de mis padres	24
Mi primera gran victoria.....	26
El inicio de una carrera	31
2 Aprender a ser audaz.....	36
Inquieta y aventurera.....	37
La niña de los brazos biónicos.....	39
En contacto con la naturaleza	42
Amor a los deportes.....	44
En busca de grandes retos	46
3 Aprender y enseñar a triunfar	48
Más que un entrenador, un amigo.....	49
El fracaso me llevó a tener grandes sueños.....	51
Querer ser la mejor del mundo.....	53
Entrenando cuerpo y mente.....	57
4 En busca del equilibrio	64
Estudios y deporte	64
Jugar por México.....	67
Amistades fuera y dentro del campo de golf.....	68

5	Todo tiene su momento	71
	Perseverar por un sueño	72
	Ganarle a Rafa.....	79
6	Talento y preparación.....	81
	El primer coche	86
	Noviazgo a distancia.....	88
	Triunfos universitarios	89
	Tras los pasos de la mejor	90
	Buenas amistades.....	93
	Convertirme en profesional	96
7	En el circuito profesional	98
	Viviendo en una camioneta	101
	Esfuerzo supremo	105
	Descanso obligado	107
	Tarjeta para la LPGA	110
8	Abriendo camino	113
	Amor a mi país.....	113
	En busca de representante	115
	El apoyo de quienes creyeron en mí	119
	Entrenar a los medios.....	123
9	Paso a paso con confianza.....	127
	<i>Mexican swing</i>	127
	Fijar metas	131
	Primeras conquistas mundiales como profesional	133
	En busca de <i>caddie</i>	136
	Grandes retos	137
	Comenzando a despuntar	140
	Momentos de crisis	142
10	Una escuela de vida.....	145
	Vivir con una maleta.....	145

La rutina de competir	150
La bendición de la amistad	152
Decisiones importantes	158
Pensando en los demás	159
La escritura para reflexionar	160
 11 Promesa cumplida.....	 163
La conquista de dos cimas	163
Repetir el triunfo	168
Pisándole los talones a Annika	170
Momento de servir.....	172
 12 Nunca darse por vencido	 174
Aprender de las derrotas	175
Transición de <i>caddies</i>	182
Accidente de <i>caddie</i>	187
Reviviendo la derrota.....	189
 13 Entrenar para vencer.....	 192
Tiempo para las amigas.....	194
¿Qué no estamos de vacaciones?	196
Al nivel de la número uno.....	198
De la fantasía a la realidad	202
Prueba final.....	204
Entrenamiento durante los torneos	205
 14 La mejor del mundo.....	 208
Ganar el primer Major	212
Un millón de dólares en una caja de cristal	215
Acostumbrarse a la fama	217
 15 Grandes acontecimientos.....	 221
Visita al Salón de la Fama	221
Primer lugar en mi torneo favorito	224
Desayunos con paisanos	225

La Catedral del Mar	226
Lorena Ochoa Invitational.....	227
Mi boda	229
 16 Mi retiro en el momento correcto	 231
El proceso del retiro.....	231
Última temporada	234
El último torneo de la LPGA	235
Vida familiar	238
 17 Un propósito mayor	 242
Fundación Lorena Ochoa	242
Escuela La Barranca	243
Mayores alcances en la educación. Fundación Becar	251
Programas para el desarrollo de la inteligencia emocional.....	256
Apoyo durante la pandemia por COVID-19.....	257
Le entro	258
 18 Nuevos sueños.....	 261
Impulsar el talento. Xuntas.....	263
Compartir mis experiencias	266
Diseño de campos de golf.....	268
Consejos empresariales	269
 Cronología	 271
 Glosario de términos de golf	 273
 Agradecimientos	 279

INTRODUCCIÓN

Este libro es la historia de cómo tener un gran sueño me llevó a ser la mejor golfista del mundo.

Comparto el inicio de mi carrera a los cinco años, el orgullo de representar a mi país, los triunfos y fracasos, las lecciones aprendidas, cientos de torneos y horas de avión, amistades y lugares increíbles por el mundo, un sinfín de experiencias, mi posición número uno del mundo, más adelante hablo de mi retiro cuando me encontraba en la cima de mi carrera y mi vida actual, dedicada principalmente a mi familia y a apoyar la educación de niños de escasos recursos en México. También comparto momentos de mi vida, mis pensamientos, sentimientos y anhelos.

Alcanzar un sueño tiene un precio, en tiempo, esfuerzo y preparación. Por ello, es natural que cuando recapacitamos en el costo o sacrificio que implica, lo podemos ver como algo imposible. Pero, cuando un sueño es genuino, al pasar del tiempo, cuando miremos hacia atrás, nos daremos cuenta de que bien valió la pena todo lo invertido.

Las personas que han escuchado mi nombre me asocian con el golf y con una carrera de éxito y de triunfos, pero muy poco se sabe de los momentos difíciles de mi vida, los que me marcaron para crecer como persona y profesional y que me llevaron a ser la número uno del

mundo. Me llena de orgullo recordar los triunfos que logré, pero, en realidad, en mi carrera tuve más derrotas que victorias.

Pero, entonces, ¿cuál fue la clave de mi éxito?

Soy una persona como todas: fui una niña que soñaba; una adolescente con problemas e inseguridades; una estudiante de universidad confundida y llena de dudas; una profesional con muchos retos y miedos. Ahora, una mamá llena de felicidad y agotada; una pareja feliz, pero insatisfecha a ratos, y siempre una amiga leal.

Así llegué a ser una campeona que rompe techos de cristal. Lo que marcó la diferencia fue que después de cada derrota, siempre me levanté, una y otra vez. En cada error, en cada falla, encontraba una oportunidad más grande, de corregir, crecer y aprender.

Gané cientos de torneos, incluyendo 27 torneos de la LPGA y dos Majors, pero más allá de los trofeos, hay una estadística que describe muy bien el tipo de jugadora que fui. Hasta la fecha, mantengo el récord de 158 semanas como número uno del mundo. Hay distintos perfiles de jugadoras, están las que ganan torneos, pero nunca ganan un Major o, al revés, están las que ganan pocos torneos, pero son muy exitosas en los Majors. También vemos jugadoras que empiezan a ganar todo, pero después de una buena racha, no vuelven a ganar. Yo fui una jugadora consistente, me pude mantener en el más alto nivel por mucho tiempo, y eso no quiere decir que lo gané todo, quiere decir que encontré la fortaleza para siempre estar viendo hacia delante a pesar de los malos momentos y, eso me lo gané a puño y letra.

También aprendí a escuchar mi voz interior. A lo largo de mi vida se han presentado situaciones muy delicadas que me han orillado a tomar decisiones determinantes, tanto en mi carrera como en mi vida personal. Muchas veces, estos momentos implicaban hacer un cambio importante, moverme de un lugar desde el cual ya no podía seguir avanzando. Seguir mi voz interior, aunque algunas veces iba en contra de la opinión de otras personas, siempre fue mi guía para elegir por el camino correcto, el que me llevaría a alcanzar mis sueños.

Actualmente, todos los días me sigo poniendo a prueba y, créeme, los errores y retos no han cesado, y es por eso por lo que sigo poniendo en práctica todo lo aprendido como golfista para seguir luchando por conseguir mis sueños.

Mi pasión y mi vida siempre van a ser el golf, y todas las actividades que hago siguen estando relacionadas con este deporte. Ahora, dedicada y comprometida con el propósito de servir, que es lo más bonito que me ha dejado mi carrera.

Logré mi sueño de tener tres hijos maravillosos e ir creciendo con mi fundación, que son los dos motivos más importantes de mi vida y lo que me levanta todos los días con ganas de trabajar, de dar lo mejor de mí.

Hoy me encuentro muy satisfecha, sobre todo por el crecimiento que hemos logrado, junto con Fundación Becar, en el tema para apoyo de niños de escasos recursos para ayudarles a cambiar su futuro a través de la educación de calidad.

Mi historia puede ser tu historia. Si yo logré alcanzar mis sueños más grandes, aquellos que mucha gente creía imposibles, tú también puedes.

Mi propósito es que este libro te ayude a lograr tus propios sueños. Que mi experiencia y las lecciones que aprendí sean una guía que haga más fácil tu camino, sin importar a qué te dediques, para que tú, en tu profesión, tu familia, tu deporte, tu sueño, en dondequiera que estés, puedas aprender de estas lecciones y aterrizarlas en tu propia vida. Estoy segura de que serán un gran apoyo y lograrás identificarte con mi historia.

Mi carrera como golfista fue una parte muy importante de mi vida y me ha dado la oportunidad de tener los recursos para poner mi granito de arena para que otras personas tengan una vida mejor. Me gustaría que mi labor para servir a los demás pueda ser tan grande, que mi nombre se reconozca por lo que hago fuera del campo de golf.

PRESENTACIÓN

Para un golfista, ganar un US Open o alguno de los Majors, es la más grande aspiración de su carrera. Es igual de significativo que ganar una medalla de oro para un deportista que compite en las olimpiadas.

Desde que era una niña, soñaba con ganar ese torneo. Incluso, jugábamos con esa idea y teníamos la costumbre de que, en las prácticas con mis amigos, al meter un *putt*, celebrábamos con tanto entusiasmo como si con ello estuviera ganado el US Open y me emocionaba como si fuera real. Muchos deportistas somos grandes soñadores, pero no siempre lo expresamos. Está más que comprobado que para lograr un sueño, primero hay que creerlo, tener el valor de soñarlo e imaginarlo miles de veces, para que después se haga realidad.

En 2005, mi tercer año como jugadora de la LPGA, participé en el US Open, en Colorado. Para mí, era una extraordinaria oportunidad para consolidarme como profesional, pues ya venía dando buenos resultados; sin embargo, me hacía falta ganar un Major. Los reflectores estaban puestos sobre mí.

Fue un torneo que marcó mi carrera y mi vida.

El domingo, el último día del torneo, me encontraba en el *tee* de salida para jugar mi última ronda. Escuché en el altavoz: “Lorena Ochoa, de Guadalajara, México”.

Empecé mi ronda de manera impecable, con mucha alegría, ritmo y muy buena comunicación con Tom, mi *caddie*. Sintiéndome invencible.

Jugué los primeros nueve hoyos excelente, muy segura y animada. Poco a poco logré escalar posiciones. Entonces, miré al pizarrón y vi que todavía iba en tercer lugar. Continué con esa actitud triunfadora, feliz y realizada. Decidí arriesgarme y jugar de manera más agresiva, y fue entonces, en la segunda vuelta, que tiré cuatro *birdies*. Cuando miré nuevamente el pizarrón, después de terminar el hoyo 14, vi mi nombre: "Lorena Ochoa, primer lugar", y la bandera de México. Hasta el día de hoy, con tan sólo narrar ese momento, me vuelve a faltar aire de la emoción que siento.

En ese momento, se me vienen una serie de pensamientos a la cabeza, como un *flashback*. Empiezo a recordar todo el camino transitado, mis torneos de niña, el entrenamiento, los trofeos, los viajes, el apoyo de mis papás, las dificultades que pasé en la pubertad, cómo gané mi beca en la Universidad de Arizona, mis retos universitarios. Ahí estaba, ante la posibilidad de ganar el US Open. Sólo me faltaban tres hoyos por jugar.

Cuando llegué al hoyo 17, un *par* 5 muy difícil con agua antes del *green*, lo hice impecablemente. Difícil olvidar la perfección que le imprimí a mi tercer tiro y lo bien que lo jugué a pesar de la adrenalina y de todas las emociones que sentía. Después de hacer dos *putts*, verifiqué en el pizarrón y mi nombre seguía en primer lugar.

Ya sólo me faltaba jugar el hoyo 18, un *par* 4. Estaba a un paso de ganar el torneo. ¿Qué podría salir mal?

Caminé a la plataforma para dar mi tiro de salida. Es un *par* 4 con una salida no muy complicada, pero que exige colocarla al centro, pues en todo el lado izquierdo del *fairway* hay agua. Como siempre, tomé mi bastón, hice mi rutina detrás de la pelota y respiré para sacar toda la tensión que recorría mi cuerpo. Me quedaba pegar un *drive* recto, dejarla en el *fairway*, un *approach* a *green*, dos *putts*, y listo, con eso ganaría.

Hice mi *swing*, la pelota voló y... ¡tragedia! En unos segundos cambió mi destino. Cuando golpeas la pelota todo cambia, nada puede volver a ser lo mismo. Mi tiro de salida se fue directo al agua. Ató-

nita, me quedé con mi *driver* golpeando muy lentamente el pasto. Fue una fracción de segundo. Tengo muy claro ese sentimiento de *shock*, de escalofríos por todo el cuerpo, de sentir al público enmudecer, de ver la cara de Tom.

Tenía que continuar. Volví a tirar, pero ya no hubo remedio. Todos los tiros que siguieron fueron malos. La tensión aumentaba a cada momento. Fui de un error a otro. Necesitaba cuatro, cinco o seis tiros para ganar el torneo. Con siete me iba a desempate... ¡Y me eché ocho! Un cuádruple *bogey*. ¡El peor *score* de mi carrera en el último hoyo para ganar el US Open!

Cuando metí el último *putt*, tenía los ojos llenos de lágrimas. Los medios de comunicación se abalanzaron hacia mí. Querían saber cómo me sentía después de haber perdido esa oportunidad. Traté de tranquilizarme lo más que pude, y lo único que les dije fue: “Estoy muy orgullosa porque sé que tengo la capacidad de ganar. No fue posible en esta ocasión, pero sé que en un futuro lo podré hacer”.

Somos seres humanos y cometemos errores. Yo tengo muchas historias que contar al respecto, como haber perdido el US Open en el último hoyo. Lo que me distingue es que cuando me caigo, me levanto de inmediato. Y me he levantado miles de veces. Analizo en qué fallé y lo corrijo. Lo intento y lo sigo intentando. Si aprendes del error, entonces no se puede llamar fracaso.

1

REVELACIÓN DE UN TALENTO

Siempre me he preguntado si el golf me encontró a mí o si yo lo busqué. Tal vez fue asunto del destino y nací para ello. Lo cierto es que este deporte le ha dado un significado muy especial a mi vida y me ha permitido alcanzar mis más grandes sueños.

Logré ser la mejor golfista del mundo. Alcancé ese título porque era lo que más deseaba en mi vida, ese era mi más grande anhelo, y me dediqué a lograrlo en cuerpo y alma. No fue una casualidad, tampoco fue un golpe de suerte y mucho menos una tarea fácil. Ahora, viéndolo en retrospectiva, me doy cuenta de que fue el resultado de una serie de decisiones acertadas tomadas en su debido momento, de acciones enfocadas, de disciplina, entrenamiento y, sobre todo, de una gran pasión por el golf.

Primeros pasos en un campo de golf

¿Cómo empezó todo? La verdad es que comenzó como un juego: por diversión.

Cuando era niña, mi familia vivía a un lado del Guadalajara Country Club, que tiene campo de golf, así que prácticamente ahí crecí.

Y he estado muy conectada con este deporte, pues algunos de mis familiares han sido aficionados a practicarlo. Mi papá, por ejemplo, lo ha jugado toda su vida, más que nada como una actividad de esparcimiento, al igual que sus hermanos. En cambio, a mi mamá nunca le ha llamado la atención, pero su padre, mi abuelo Lolo, era muy buen jugador. Así que el golf siempre ha estado presente en mi vida.

Los fines de semana mi papá salía a jugar golf muy temprano por la mañana, y antes de irse acostumbraba a gritar: “¿Quién quiere ir a jugar golf conmigo?”. Y yo siempre era la primera en contestar: “¡Yo quiero ir!”, pero no me dejaba acompañarlo, pensaba que por mi edad me aburriría y que por estar cuidándome ni siquiera podría jugar. Yo seguía insistiendo: “¡Yo, yo!”, hasta que un día, cuando tenía como cinco años, decidió llevarme. Recuerdo muy bien lo divertido que fue. Mientras mi papá y mis hermanos jugaban, yo me la pasaba rodando por el pasto, corriendo, brincando, intentando manejar el carrito de golf y trepándome en los árboles. Y pensaba: ¡qué divertido es el golf!

Así los acompañé muchas veces. Mis hermanos eran muy talentosos, y cuando yo iba con ellos le reclamaban a mi papá que para qué me llevaba, si no jugaba, ni los dejaba jugar. Poco a poco mi papá comenzó a involucrarme. Primero me dio a cargar un bastón mientras caminaba con ellos, o me dejaba manejar el carrito. Luego recortó unos palos para que fueran adecuados a mi tamaño, me dejaba darle algunos golpes a la pelota, y me explicaba en qué consistía el juego.

“Mira, Chaparrilla —me decía mi papá—, de lo que se trata es de que metas la bola en cada uno de los hoyos con el menor número de golpes posible, y según la distancia que deseas que la bola recorra, eliges entre uno de estos palos”, y me enseñaba los diferentes palos que había en la bolsa explicándome para qué servía cada uno. Y luego me explicaba cómo debía pegarle a la bola y cuál era la técnica adecuada para hacer un *swing*.

Los primeros golpes no fueron fáciles, pero con la paciencia de mi papá fui aprendiendo. Y entonces el golf me pareció mucho más divertido, hasta que un día jugué todo el campo.

Estoy segura de que en ese momento nadie pensó en que me convertiría en golfista profesional, ni yo misma, por supuesto, pero desde

entonces le encontré mucho gusto al juego, y comencé a acompañar a mi papá cada vez que salía a jugar. Cuando él vio mi entusiasmo y la facilidad que tenía para pegarle a la pelota, pensó que lo mejor sería que tomara clases formales, y me llevó con el maestro Jesús Sandoval, quien tenía una larga trayectoria en la enseñanza y daba una clínica de golf especial para niños. Mi papá le dijo a Chuy —así le decimos de cariño— que él creía que yo tenía un talento especial, y quería que me viera jugar. Chuy me pidió que hiciera algunos ejercicios mientras me observaba con atención, y estuvo de acuerdo con mi papá en que tenía un don para el golf, por lo que me aceptó como alumna. Desde los cinco hasta los 10 años, prácticamente todos los sábados entrenaba con él cuatro horas, y entre semana los martes y jueves por la tarde.

El golf se caracteriza por su dificultad para aprender a pegarle bien a la pelota desde el comienzo, y es todavía más complicado lograr que salga con altura. En mi caso, era algo que se me facilitaba, y eso fue lo que impresionó a Chuy. Además, para mí era muy emocionante poder pegarle bien a la pelota y me daba mucha satisfacción. Algunos años después me enteré de que Chuy y Robert, su ayudante, sabían que lo que yo había hecho ese primer día de clases era algo fuera de serie, y que se habían dado cuenta de que tenía un talento especial para el golf.

Aunque al principio sólo parecía una diversión, a mí me encantaba jugar golf y siempre quería mejorar. En la clínica estábamos dos niñas, Shanti y yo, entre aproximadamente 15 niños, y el “pique” era muy fuerte, pues por naturaleza ellos tenían ventaja y, como no me gustaba que me ganaran, me fui haciendo muy competitiva. Después se integraron un par de niñas más.

Creo que mi papá hizo bien al no intentar enseñarme a jugar él mismo y buscar a un experto que lo hiciera. Aunque él me instruyó en las bases del juego, después sólo me acompañaba, y siempre respetó la opinión de mis maestros.

Posteriormente, cuando tenía alrededor de 10 años, me entrenó Barry, un amigo hasta la fecha, instructor de golf de Estados Unidos, que daba dando clases en el Country Club. Él ha sido una persona muy especial para mí. Barry, por ser norteamericano, originario de

Utah, tenía un conocimiento más amplio del nivel de golf que se jugaba en su país, sobre todo en la categoría en que yo estaba (*juniors*). Cuando me vio jugar, le comentó a mi papá que, incluso comparada con jugadoras de su país que estaban encabezando los primeros lugares en mi categoría, yo era fuera de serie. Nosotros, sin hacer mucho caso de su comentario, simplemente continuamos con la práctica y la diversión, como lo veníamos haciendo.

A esa edad yo practicaba dos horas todas las tardes, y Barry me checaba en la plataforma, mientras me daba algunos consejos. Él siempre pensó que lo natural es lo que genera mejores resultados, así que me retaba con ejercicios, pero me dejaba hacer lo que ya estaba acostumbrada. Sus años en el club fueron de gran ayuda para mí. Hasta el día de hoy seguimos manteniendo una gran amistad. Recientemente, estuvimos juntos en Valle de Bravo y aprovechamos para hacer un paseo a caballo.

El apoyo de mis padres

Jamás hubiera logrado el éxito que tuve en mi carrera si mis padres no hubieran estado junto a mí en todo. Cada uno, a su manera, han sido mi máximo apoyo, tanto en mi carrera como en mi vida personal. Mi papá en todo lo relacionado con el golf, y mi mamá con los asuntos de la escuela, sociales y de la casa. Esto fue clave para encontrar un equilibrio.

Mi padre, Javier Ochoa, ha sido mi compañero, mi porrista, mi amigo, mi guía. Tiene un corazón enorme. Desde que empecé a jugar golf, él estuvo a mi lado y ha sido el principal promotor de mi carrera, siempre apoyándome, alentándome y exigiéndome dar lo mejor de mí. Le reconozco y le agradezco que me haya motivado a hacer todo por gusto propio, y que haya fomentado mi pasión por este deporte. Él ha compartido conmigo muchas penas y alegrías en el campo de golf: si yo sufría, él sufría más; si yo me alegraba por un triunfo, él estaba más feliz que nadie. Muchos de los pasos que he dado jugando golf, los ha dado él, caminando a mi lado.

Mi papá siempre se ha dedicado al comercio, principalmente a la compra y venta de bienes raíces. Gracias a esto, no tenía restricciones de horarios y podía acompañarme en el campo de golf. Por ello estuvo tan presente en mi carrera. Él y yo nos parecemos mucho: somos aventureros, nunca nos ponemos límites y nos gustan los retos, pero también somos muy exigentes.

Aunque nunca me obligó a jugar, me insistía en que, si me iba a dedicar al golf, tenía que dar lo mejor de mí. Por lo que era estricto en que cumpliera con mis compromisos, en que diera mi mayor esfuerzo, en que fuera disciplinada. Sí, hubo momentos en que llegué a pensar que era demasiado exigente, pero en cuanto pude comparar cómo trataban algunos padres a otras jugadoras, nunca más me volví a quejar de él. Entendía sus razones.

Cuando yo cometía un error en un torneo, lo veía enojadísimo entre el público, pero cuando terminaba de jugar, así hubiera sido el peor de mis torneos, era el primero en abrazarme cariñosamente y decirme palabras de consuelo. Cuando yo era chica era más “corajudo”, después fue aprendiendo a controlar sus emociones y lograba relajarse más. Ahora sé que si mi papá no me hubiera exigido como lo hizo, si no me hubiera pedido que me esforzara más, que practicara más horas, que le echara más ganas, yo jamás hubiera llegado a ser la número uno. Era mi cómplice.

Mi mamá tiene una personalidad cálida y alegre, combinada con una gran fortaleza. Es tan franca y transparente, que con sólo observarla es posible saber qué piensa y descifrar sus sentimientos y emociones. La admiro en todos los sentidos, sobre todo por su sabiduría para tratar a sus cuatro hijos por igual, y a la vez darnos a cada uno nuestro propio lugar. Hoy, cada uno de nosotros ha logrado alcanzar sus sueños y tenemos familias estables. Es una talentosa artista plástica: pintora y escultora. Para mí fue muy importante aprender de la sensibilidad que ella tiene tan desarrollada, por ser un componente esencial para el proceso creativo de un artista, que está muy relacionado con los sentidos y los sentimientos que se plasman en la obra. Precisamente, mi psicólogo me había recomendado que la observara mientras ella trabajaba. Pensaba que, para el golf, era fundamental no sólo desarrollar los aspectos técnicos y mentales del deporte, sino

que también tenía una parte muy alta de sensibilidad. Y, efectivamente, mi mamá fue una fuerte influencia en este aspecto.

Ahora que soy mamá y esposa, más la admiro y le agradezco todo lo que hizo por mis hermanos y por mí, y entiendo el reto que significa el equilibrio de la pareja. Tenía el superpoder de responsabilizarse de la casa, de la educación y del cuidado de nosotros. También fue un importante apoyo económico para la familia. Durante muchos años, por las tardes, daba clases de pintura, lo que le generaba ingresos que destinaba para que no nos faltara nada. Mi hermana Daniela le ayudaba con sus alumnos, y de ahí ella también desarrolló una gran habilidad por las actividades artísticas.

Valoro los consejos de mi mamá para que yo ahora los aplique con mis hijos. Su honestidad y sus reflexiones son siempre de gran ayuda.

Mis padres son unos grandes apasionados de la vida, y sin duda esa es una valiosísima herencia que nos han dado a mis hermanos y a mí, que desde niños hemos demostrado pasión y entrega por todo lo que hacemos, y es algo que siempre nos ha caracterizado. Justamente, estos dos valores, me han acompañado a lo largo de toda mi carrera como golfista.

A ambos les agradezco que nunca hayan hecho diferencias con mis hermanos, siempre nos trataron a todos de la misma manera. La vida de la familia no giraba alrededor de mi persona, y eso me ayudó mucho para tener los pies sobre la tierra y para mantener la buena relación entre hermanos.

Mi primera gran victoria

La aventura de mi vida comenzó cuando gané el primer mundial de golf en San Diego, California.

Todo comenzó cuando tenía seis años y jugué mi primer torneo. Empecé con el pie derecho, ya que también fue la primera vez que gané. Lo que nunca imaginé es que ese evento sería el inicio de un apasionante camino que definiría mi vida.

El torneo se realizó en el mismo campo en el que yo jugaba, lo que para mí era como jugar en casa y entre amigos. En la categoría en la que participaba, de acuerdo con mi edad, sólo estábamos dos niñas: mi amiga Shanti y yo. Al final del torneo, el club realizó la ceremonia de premiación con el debido protocolo, y ya que en este grupo sólo estábamos seis participantes, nos premiaron a todos, pero me distinguieron con el primer lugar. Para mí fue muy emocionante. Toda mi familia estaba ahí, echándome porras, me hicieron sentir muy importante y toda una campeona.

Éste fue mi inicio como golfista. Después vino la gira en Jalisco, con lo que conseguí el título estatal y un año después, el título nacional, al ganar el Campeonato Nacional en la Ciudad de México. Con la suma de los puntos acumulados en un torneo Interzonas, más los puntos del Campeonato Nacional, califiqué para asistir como representante de México al Junior World Championship, que se realiza cada año en San Diego, California.

De pronto todo empezó a darse muy rápido, sin realmente tenerlo planeado. Ni mis papás ni yo nos dábamos cuenta de la importancia ni del sentido que debíamos dar a estos logros que tan pequeña estaba alcanzando.

Entonces, cuando llegó el momento de decidir si debía asistir al mundial en San Diego, hubo mucha incertidumbre de qué debíamos hacer.

Por un lado, la situación económica de la familia no era la ideal. No es que hubiera carencias, pero el dinero no sobraba, y el viaje implicaba muchos gastos. Por otra parte, no teníamos una idea muy clara de mi nivel de golf y de qué resultados podría lograr en una competencia de esa magnitud. Parecía algo muy grande y distante del tipo de torneos en los que había participado antes.

Cuando consultábamos con nuestros familiares y amigos, había opiniones encontradas. A mi papá lo conocen como Sobina. Estaban los que pensaban que no era conveniente que participara, le decían a mi papá: “Sobina, cómo se te ocurre llevar a la niña tan chiquita a jugar un mundial. Ahí van a estar las mejores jugadoras del mundo. Todas son mayores que ella. Piensa que si pierde le va a ser muy duro superarlo. ¿Y si hace el ridículo? No la expongas de esa manera”.

En cambio, los más optimistas opinaban que sí debía asistir, y trataban de convencer a mi papá diciéndole: “La niña se ha esforzado mucho y se ha ganado ese lugar. Le corresponde estar ahí. Ha demostrado que puede hacerlo. Así que vamos viendo cómo le hacemos entre todos para que puedas llevarla. Hay que confiar en ella”.

Por fin, mi papá decidió que fuéramos al mundial. Pero había un gran problema: la situación económica en la casa no era la ideal, había poco dinero y los gastos para hacer el viaje a San Diego eran muy elevados.

No es que viviéramos con carencias, pero sí había limitaciones. A veces el dinero era escaso y mis papás tenían que hacer sacrificios para que rindiera. Cuando éramos niños, yo nunca me sentí mortificada por este tema, y seguramente mis hermanos tampoco. No sé cómo le hacían mis papás, pero al final de cuentas siempre la libraban bien. Ahora pienso que al final todo sirve como un aprendizaje. Esta situación me enseñó a valorar las cosas, a sentir gratitud y a desarrollar una mentalidad de servicio hacia los demás. Con el tiempo, todas las dificultades se van convirtiendo en grandes enseñanzas.

Muchas personas se solidarizaron con nosotros para que yo pudiera asistir al mundial en San Diego, acompañada de mi papá. Recibí ayuda del club y de algunos familiares. Incluso mi tío Pedro, el hermano mayor de mi papá, como una afortunada coincidencia, tenía un departamento en San Diego, el cual nos prestó para que nos alojáramos ahí, con todo y coche para que pudiéramos movernos fácilmente.

Todo era nuevo para nosotros. Cuando estábamos con los preparativos para el viaje, lo que más le preocupaba a mi mamá era que yo todavía no supiera peinarme sola, pues como tenía el cabello largo, rizado y “muy rebelde”, no era cosa fácil, y mi papá no tenía ni la más remota idea en esos menesteres. Precisamente por esa característica, desde niña mis hermanos me dicen China. Para todas las madres la apariencia es básica, y el remedio más sencillo que se le ocurrió a mi mamá fue llevarme a cortar el pelo y comprarme un sombrero que me cubriera casi toda la cabeza. Fue drástico el remedio, pero al final resultó muy efectivo, sobre todo para mi papá.

Ése fue mi primer viaje a Estados Unidos. Siempre me ha encantado viajar con mi papá porque compartimos muchos gustos. Los dos

somos muy sencillos y disfrutamos de las mismas cosas. Para familiarizarnos con el lugar y con el campo de golf, llegamos a San Diego una semana antes de que empezara el torneo. Todas las mañanas me dedicaba a practicar recorriendo el campo de golf. A medio día tomábamos un descanso mientras comíamos un *hot dog* debajo de un árbol, y luego continuaba jugando. Lo disfrutaba tanto, que ni siquiera me cansaba, al contrario, realmente me divertía haciéndolo, y más yendo con mi papá, que además me animaba todo el tiempo. Cuando terminábamos la rutina del día, nos íbamos a algún parque cercano o a la marina a pasar la tarde, y comíamos un helado mientras veíamos a la gente pasar. Y al día siguiente, otra vez temprano, al campo a repetir la rutina. Mi papá siempre caminaba conmigo y me seguía todo el recorrido: a veces me cargaba la bolsa, otras veces yo la llevaba, y nos tomábamos de la mano para demostrar nuestra felicidad.

En las noches, en cuanto llegábamos al departamento, yo apuntaba en una tarjeta mi récord de cada día. Lo hacía minuciosamente, con mucho detalle y cuidado. En ese momento no conocíamos qué tan bueno era mi nivel de golf. Sabíamos que mi juego era bueno, pero no teníamos idea de cómo estaba en comparación con otras jugadoras que venían de todas partes del mundo.

Por fin llegó la fecha de la inauguración del evento. Yo me sentía emocionada, pero tranquila. Mi papá sí estaba muy nervioso. Creo que, por mi edad, yo no dimensionaba claramente el nivel del torneo. Había jugadores de todas las nacionalidades. El equipo de México estaba conformado por jugadores de todas las categorías, y yo era la más pequeña del grupo. Desfilamos con nuestro uniforme, un *short* blanco y una camisa a rayas, escoltados por un representante que llevaba la bandera de nuestro país. Fue muy emotivo, yo sentí un nudo en la garganta todo el tiempo. Una vez que terminó la ceremonia de inauguración, se otorgó un reconocimiento a los campeones de los años anteriores.

Ese día, a todos los jugadores nos obsequiaron un paquete que contenía varios objetos, entre ellos una revista con la historia del torneo, y en una de sus páginas estaban los récords de los campeones de años anteriores. Mi papá se puso a revisar la publicación, y así se dio

cuenta de que mis rondas de práctica, las que yo anotaba cada noche, habían sido mejores a los resultados de las ganadoras de los años precedentes. La campeona de mi categoría del anterior torneo había tirado 58 golpes, y según mis registros yo tiraba 52. Y eso significaba una enorme diferencia.

Mi papá no lo podía creer. Estaba impresionadísimo. Entonces me dijo: “Chaparrilla, ¿te das cuenta? ¡Tú puedes ganar!”. Vimos que teníamos muy altas posibilidades y eso nos entusiasmó mucho.

Mi papá tomó el teléfono y le llamó a mi mamá para contarle nuestro asombroso descubrimiento. “Marcela, acabamos de darnos cuenta de que Lorena tiene muchísimas posibilidades de ganar el mundial, su *score* es mucho mejor que el que han logrado las campeonas de los torneos de años anteriores”. Mi mamá también quedó muy asombrada... y nerviosa.

El torneo comenzó al siguiente día, se realizaba en diferentes campos de golf. A mí me tocó jugar en un campo a las afueras de San Diego que se llama Presidio Hills en Balboa Park, que es de distancias más cortas, apropiado para niños de ocho a 10 años. Ya para entonces tenía mi propio equipo de golf, que consistía en tres palos más una maderita y un *putt*, los cuales cabían en una ligera bolsa que mi papá me había hecho, y yo misma la cargaba.

El mundial tiene una duración de tres días, y se hace un corte el segundo día, es decir, los jugadores que no califican ya no participan el último día. Los primeros dos días del torneo jugué perfecto, y mi papá y yo estábamos felices disfrutando de la emoción de un mundial. El último día llegamos al campo, como siempre, bien desayunados, y listos para tener un buen día, y aunque no lo mencionamos, por dentro los dos estábamos muy nerviosos, pues sabíamos que había grandes posibilidades de que ganara y así convertirme en la mejor del mundo en mi categoría.

Ese último día ya se había corrido la voz de que una niña mexicana iba ganando, lo cual generó mucha expectativa. Los compatriotas que no habían pasado corte en sus respectivas categorías comenzaron a seguirme y a echarme porras, llevando la bandera de México. Se hizo un ambiente muy animado. Es una sensación increíble sentir el cariño de la gente, de verdad se transmite una energía muy especial. Mi

papá, que estaba nerviosísimo, se sintió acompañado y lo hicieron sentir más tranquilo.

De entre los mexicanos que se habían unido a la porra, mi papá hizo amistad con José y Marta Ostos, un matrimonio que acompañaba a sus dos hijas golfistas, Marta y Pía. Mi papá se sintió muy cómodo con ellos, después de tantas emociones que le tocaron vivir esos días. A partir de entonces las dos familias nos hemos mantenido muy unidas. Marta y yo, además de ser muy amigas, trabajamos juntas en la academia de golf KUDOS. Ha sido increíble volver a conectar con ella, trabajar de la mano, y compartir el reto de formar a las siguientes generaciones.

¡Quedé en primer lugar! Tanta emoción y nervios bien habían valido la pena. Mi papá y yo estábamos que no cabíamos de felicidad. Cuando terminé, estaban las cámaras de televisión esperándome para entrevistarme. Luego la premiación. Fue muy emotivo.

Para motivarme, mi papá me había ofrecido que si ganaba ese torneo me llevaría a Disneylandia. Así que después de tanto esfuerzo, nos fuimos a divertir y a celebrar.

Al regreso, mi familia me esperaba con un gran festejo en casa de mis titos Ochoa. Estaban todos: mis papás, hermanos, mi Lolo, tíos, primos. Se sentían parte del triunfo. Me recibieron con un letrero que hizo mi tío Chávez, que en paz descansa, que decía: “CAMPEONA DEL MUNDO”. Compartir el triunfo con toda la familia fue increíble. Con el tiempo, estas reuniones se hicieron una costumbre, así ganara o perdiera, siempre se juntaban para darme la bienvenida. Hoy, más que nunca, valoro y agradezco el apoyo que siempre me dieron.

El inicio de una carrera

Podría parecer que todo estaba planeado y que las circunstancias se me estaban poniendo en bandeja de plata para que yo me convirtiera en golfista profesional. Sin embargo, en ese momento, jugar golf sólo era un entretenimiento, algo que me gustaba hacer y que me parecía

divertido. Era muy pronto para pensar en el futuro y para saber si me gustaría dedicarme a esta actividad como una profesión o, incluso, para decidir que ese era el deporte que más me gustaba, pues practicaba otros que disfrutaba por igual, y en los cuales también llegué a competir.

Pero de lo que sí estoy segura, es de que jamás hubiera logrado tener una carrera exitosa como golfista si no hubiera sido por el apoyo de mis papás. En ese momento, ellos también consideraban mi afición al golf como una diversión y una forma de practicar una actividad física, lo cual siempre nos fomentaron a mis hermanos y a mí. Mi papá fue muy deportista, y nos fomentaba que hiciéramos ejercicio. Cada vez que había un torneo, él me preguntaba si me gustaría participar, para entonces inscribirme. Era algo natural en mí que quisiera competir, es parte de mi carácter. Pero nunca me obligaron a entrenar ni a competir, y mucho menos a ganar. Como empecé a jugar muy pequeña, mis papás tuvieron especial cuidado en que esta actividad nunca implicara sacrificar mi infancia, ni que me impidiera hacer actividades típicas de esa etapa. Y es algo que valoro y que les agradezco muchísimo, pues tuve una infancia completamente normal, que además disfruté al máximo.

He sido testigo de casos lamentables de padres que obligan a sus hijos a jugar y a entrenar. He visto a niños llorando porque no quieren estar en un torneo, pero tienen que jugar porque sus papás los llevan a la fuerza. Cuando jugaba golf como profesional en la LPGA (Ladies Professional Golf Association, por sus siglas en inglés), llegué a presenciar dramáticas escenas de padres gritándoles a sus hijas porque perdían un torneo, y hasta agrediéndolas físicamente. Era muy triste, porque el resultado es que acaban odiando el golf y perdiendo la relación con su familia. Yo siempre aconsejo a los padres que nunca arriesguen el vínculo con sus hijos. Si quieren que sus hijos triunfen en un deporte, y en cualquier actividad, deben ser un soporte amoroso, copartícipe y entusiasta.

La aventura comenzó después de ganar el primer mundial de golf en San Diego. Una cosa fue llevando a otra. Durante cinco años consecutivos jugué y gané ese campeonato mundial. Cada vez rompí un récord por ser la primera jugadora en ganar dos, tres, cuatro y cinco

torneos de manera continua y sigo manteniéndolo. Quien tenía esta marca antes de que yo la obtuviera fue Tiger Woods, el mejor golfista de los últimos años, quien había ganado cuatro campeonatos mundiales, pero no de manera seguida.

Se volvió costumbre que mi papá me ofreciera un premio si ganaba el Campeonato Mundial. La segunda vez que gané, volvimos a ir a Disneylandia, pero en esta ocasión con mi hermana Daniela y mi primo Andrés, el Güero. El tercer año, cuando mi papá me preguntó qué iba a querer de premio, le dije que aventarme del *bungee*. Ya habíamos visto un lugar cercano a Los Ángeles con instalaciones para practicar este tipo de saltos. En esa ocasión nos acompañaba mi primo Kikoman. Cuando llegamos al lugar, cuál sería nuestra sorpresa al percatarnos de que el establecimiento estaba cerrado. Pero mi papá estaba dispuesto a cumplir su promesa. Muy decidido, se bajó del auto, y haciendo un esfuerzo por darse a entender en inglés, le pidió al encargado del lugar que le permitiera explicarle cuál era nuestro interés por entrar. Me pidió que me acercara, y le dijo a este hombre que yo había hecho un gran esfuerzo por ganar el mundial de golf, y que no podía defraudarme. No sé cómo lo hizo, la cuestión es que lo convenció y nos dejó pasar. Echó a andar la grúa para subirnos. Nos metimos los tres en el contenedor y nos elevó. Primero me lancé yo y después mi primo. Fue superemocionante, una de las mejores sensaciones de mi vida. Y ni siquiera nos cobraron. Seguramente una imprudencia, pero gracias a Dios sin nada qué lamentar.

Para el siguiente año, ya había pensado muy bien qué decirle a mi papá cuando me preguntara qué iba a querer como premio si volvía a ganar, y poniéndome de acuerdo con mi hermana, le pedimos unos patines. Más que suficiente y mucho menos arriesgado, desde luego.

El segundo año que gané el mundial de San Diego, durante la premiación nos dieron la noticia de que había un regalo especial para el primero y segundo lugar, que consistía en un pase para ir a jugar a Nagoya, Japón, con todos los gastos pagados para dos personas. Fue un premio que gané durante cuatro años consecutivos. El primer viaje a Japón, en 1991, lo hice acompañada de mi papá. Fue una experiencia inolvidable. Para ese momento jamás habíamos imaginado que el golf nos llevaría tan lejos ni tampoco habíamos dimensionado todo

lo que venía por delante y de la manera tan acelerada en que se presentaría. Yo tenía nueve años y ya estaba jugando al otro lado del mundo.

Nagoya es una de las ciudades más grandes de Japón. Nos hospedaron en el hotel Nagoya Castel, que lleva ese nombre por estar ubicado al lado del Castillo de Nagoya. Un hotel espectacular, rodeado de agua, que eran los fosos originales que protegían al castillo. Nos impactó especialmente la belleza de los alrededores de la ciudad, con la magnificencia de los templos y de las construcciones milenarias que sobrevivieron a los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial.

Estaban ahí reunidos los mejores jugadores de golf de la categoría infantil-juvenil de todo el mundo. La convivencia en este tipo de torneos crea un ambiente muy bonito. Cada jugador va acompañado de un adulto. Mi papá rápidamente hizo amistad con los demás mexicanos y con personas que viajaban de otros países de Latinoamérica. Precisamente, en ese viaje me encontré por primera vez con Marisa Baena, una reconocida jugadora colombiana, con quien hice una gran amistad. Conocimos a mucha gente muy querida, y cada año que regresábamos la reencontrábamos. Me sentía muy contenta viajando con mi papá, pues a pesar de que no habla inglés, siempre he admirado cómo encuentra la manera de comunicarse con los demás y de resolver los problemas. Sabe moverse y darse a entender, y lo mejor es que conoce de golf. Me acompañaba al torneo, me echaba porras, me orientaba, me hacía sentir tranquila. Es una gran compañía y, además, es muy divertido.

Este torneo tuvo un significado muy especial, pues el príncipe Takahito de Mikasa, hermano menor del emperador Hirohito, me acompañó durante el juego. Me impresionó muchísimo conocerlo y saber cómo funciona el protocolo de la familia imperial japonesa. Iba acompañado por un séquito que lo atendía en todo: lo cubrían del sol con una sombrilla, lo refrescaban, le colocaban un tapete rojo para que caminara sobre él y cargaban con una silla especial para que se sentara a observar el juego. Nos sorprendieron las miles y miles de reverencias que le hacían todas las personas constantemente. Al final del torneo, el príncipe nos acompañó a la premiación, y era tanta la formalidad, que sentíamos como si estuviéramos en una película. El

trofeo consistía en una hermosa copa de cristal cortado, y nunca vi un trofeo más bonito que los que daban en Japón.

Después de ganar mi tercer mundial en San Diego, fui por segunda ocasión a Japón, y esta vez viajé acompañada de mi mamá. Fue toda una aventura, pues tampoco habla inglés, pero además es muy despiadada y no sabía mucho de golf. No entendíamos nada, no sabíamos adónde teníamos que ir, ni a qué hora, ni cómo, ¡toda una odisea!

Hay una regla en ese torneo para los acompañantes de los jugadores, en la que se les solicita que un día del torneo ayuden como voluntarios. Con mi papá no me preocupaba, pues sabía que podría hacerlo fácilmente, pero con mi mamá fue toda una aventura. Le pidieron que manejara un carrito de golf y que fuera registrando las puntuaciones en las tarjetas, lo cual necesita de cierto conocimiento, y más cuando nunca se ha hecho. Yo tuve que explicarle cómo debía hacerlo. El día que le tocó ir a prestar sus servicios, llegó asustadísima, me contó que el carrito casi se le voltea y que sobrevivió de milagro. Yo estaba más nerviosa de que mi mamá pudiera con todos sus encargos que de jugar el torneo. ¡Cómo nos reímos con esa experiencia!

Aunque nunca ha jugado, ahora mi mamá ya sabe mucho de golf, pero esos fueron sus inicios. Las siguientes veces que regresé a Japón, en una ocasión me acompañó mi hermano Pay, y la última vez volví con mi mamá.

Me fue muy bien en las cuatro ocasiones que jugué el Japan Cup World Junior Championship. En el primer torneo quedé en segundo lugar, los dos siguientes en primer lugar, y en mi última participación quedé en quinto.

En ese tiempo no nos dábamos cuenta de la magnitud del impacto que esas experiencias iban a tener en mi vida a largo plazo. Lo que sí era claro es que iba forjando un carácter de disciplina, de entrega y de perfeccionamiento. Y fue así como desde muy pequeña empecé a enamorarme del golf.